

Estrella de agua o cuando el agua canta.
Una lectura de identidad



Aimée G. Bolaños

*El agua de tu rostro
en un rincón del jardín,
el más oscuro del verano,
canta como la luna.*

Blanca Varela

Registro textual de una rica identidad es el libro de Lady Rojas*, *Étoile d'eau*. *Estrella de agua* (Paris L'Harmattan, 2006), edición bilingüe, en cuidadosa y creativa traducción de Nicole Barré. Su discurso de intensa, pero contenida tesitura emocional,

* Escritora peruana-canadiense. Profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Concordia, Montréal, Canadá. Investigadora de teoría de la poesía, estudios de género, feminismo. En 2004 fue premiada con la Medalla de honor de la Université de Pau y la ciudad Bagnères-de-Bigorres, de Francia; ese mismo año recibió la Medalla Pablo Neruda de la Asociación Peruana de Intelectuales por difundir la obra de las artistas hispanas y por su trabajo como directora de la asociación *Crítica Canadiense Literaria sobre Escritoras Hispanoamericanas* (CCLEH), en la que realiza una destacada labor de promoción cultural. Participa activamente en la Asociación de artistas de Laval para dar a conocer a los autores latinoamericanos. Constituyen valiosos estudios de escritoras hispanoamericanas y peruanas sus libros *Alumbramiento verbal en los 90. Escritoras peruanas: signos y pláticas*. Lima: Arteidea, 1999; *Poéticas de escritoras hispano-americanas al alba del próximo milenio*. Miami: Universal, 1998 y *Celebración de la creación literaria de escritoras hispanas en las Américas*. Ottawa & Montreal: Girol Books & Enana Blanca, 2000, estos dos últimos organizados en unión de Catherine Vallejo.

inscribe una figura autoral emotiva y pensante en el espacio y el tiempo de sí y de los otros, para configurar formas de existencia imaginarias, sensibles e intelectualizadas, abiertas a la interpretación en una dinámica que va del texto al mundo de la vida, privilegiando el evento de su lectura. Porque *Estrella de agua* es obra autoexpresiva, pero de voluntad comunicativa dialógica. El sujeto poético se habla a sí, a la vez que insta una relación interlocutiva que nombra, hace visible una filiación, tanto familiar, como creativa, patente en los ex-ergos y dedicatorias del poemario, fiel a una generalología que figura una historia personal en la sociedad y la cultura, tramando la identidad en el seno de una comunidad espiritual.

Así el libro sitúa en su umbral a Khalil Gilbran caracterizando la función de la poesía como encarnación sagrada, suspiro que seca las lágrimas, espíritu que habita el alma y se nutre del corazón, cita emblemática que anuncia la poética de *Estrella de agua* de inserción profunda en el mundo de la vida, como acto humanizador que confiere significado. Junto a padres, hermanos, abuela, como destinatarios o co-protagonistas de numerosos poemas, dos figuras poéticas constituyen, a mi manera de leer, dioses tutelares. Baudelaire y Vallejo, voces mayores de la renovación de la poesía moderna, sustentan la voz de Lady Rojas en su identidad peruana viajera “cribando mis cariños más puros”, como en el verso de Vallejo, invocado en el pórtico de la primera parte del libro, “Oramor”, que en visión retrospectiva tematiza el amor, autonominándose el yo poético en su vivencia erótica y amatoria en textos de finos matices sensoriales y delicadeza expresiva. Entre ellos, me gustaría destacar un poema que, con creatividad, deja escuchar la tradición de la poesía femenina hispánica de la alta modernidad, pudiera pensarse en

Juana de Ibarbouro, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral y, sobre todo, Blanca Varela. De tal manera “Arándano”, en su juego erótico de vida-muerte, nos dice:

Escoge
un arándano
de mi pecho turbio
juega con él
huele su morada
te llevará
al río alborotado de mi selva.

Recoge
con tus labios
el otro arándano
de mi pradera sureña
goza con él
te alumbrará
el lecho de tu juventud.

Métete en mi pecho turbio
en mi pradera sueña
un arándano para la vida
otro arándano para la dulce muerte.

Ya en este umbral poético el sujeto anuncia su identidad, atravesada por la alteridad que habrá de dar cuerpo a la tercera parte del libro, denominada “Otreidad”, no solo en el más amplio sentido metafórico del exilio del poeta-albatros en las alturas, sino también como extranjería, en una compleja experiencia migrante e intercultural, integradora de la notable diversidad temática del libro. Como señala Lucie Lequin, en relación a la literatura migrante en general, son los lugares de pasaje, los que hacen ir hacia adelante y relanzarse continuamente en el movimiento de sí, de los pensamientos y valores. De esta manera la identidad en tránsito implica una alteridad interna y externa, en relación con los otros y en la propia otreidad que también identifica al sujeto. Así se expresa, de modo desafiante con sus ricos contenidos contestarios, en un conjunto de poemas, y especialmente en uno que de modo significativo se titula “Y quién es ésta?”. El sujeto,

proclamadamente autoficcional, se caracteriza como un *yo* que trae a un congreso del Caribe “mi maletita/ con las alas ajadas/ pero no rotas”, bella imagen de raigambre vallejana, abriéndose el poema a la reconfiguración identitaria, afirmadora de sí en la conciencia advertida, no impotencia, de la falta, tenso discurso de la diferencia, asumida sin idealizaciones:

Resulta, señora
que entre la bola de fuego de mi país
y la piel lustrosa
pura escarcha del norte
por donde resbalan
cada estación
mi atadito de sueños y
una cuantas palabras clandestinas
yo soy
un vientre y un inmenso ojo
pura sed

De notable intensidad dramática resulta el *yo* de “Paria”, poema que nos lleva a la figura impar de Flora Tristán con sus *Peregrinaciones de una paria*. Sin conciliar los conflictos, el registro discursivo explora a fondo los sentimientos de no pertenencia, echa por tierra el mito de una multiculturalidad sin traumas. Ni la historia, ni sus tránsitos, son un lecho de rosas, y en ese espíritu, tal vez, el poema define su tono, entre confesional y contestatario:

Me marché
de la tierra colorada,
con un plumón de aves
en los ojos.

Llegué
a un lugar desconocido.

Miré sus valles gigantescos
brotar el dulce choclo.

Fui a comer el jarabe

de sus arces
sobre el hielo derretido.

Recorrí sus calles,
sus tiempos computarizados.

No hubo sonido
para mi apellido
ni espacio para la mujer-fuente
ni árbol
donde colgar
mi nombre: P-A-R-I-A.

El yo poético, generalmente identificado con la figura autoral, se constituye cuando se cuenta en la historia propia, que está indisolublemente unida a la de su país de origen, contada con vigoroso eticismo en la segunda parte del libro, que se titulada “Horas. Historias negras” y donde encuentran su lugar los poemas de la memoria histórica, también atentos y receptivos de la conturbada actualidad mundial. En este sentido, vale destacar la trilogía que forman “La Mascapaicha”, “La cantuta resiste” e “Idolatría insurreccional”, cuyo ostensible hilo narrativo es la historia de desposesión y violencia de la Conquista, nueva crónica de Indias, la historia vuelta a contar sin agotar sus significados, historia que también nos lleva a la formación del sistema de la literatura hispanoamericana. Necesariamente, la narración habrá de remontarse al mítico y real pasado incaico, asentándose la cultura de la escriba de manera beligerante en su extraordinario patrimonio histórico, nunca perdido u olvidado. La conciencia viajera se mueve en una productiva dialéctica de descentramientos y tránsitos, de orígenes y diáspora, de pasado y futuro en el presente perpetuo del poema, de mitos y utopías que metafóricamente aluden a una contradictoria experiencia humana de pérdidas y hallazgos, única como lo es cada ser humano, pero además típica y altamente representativa de los conflictos inherentes a las formas transculturales de identidad y a las problemáticas

relaciones de poder que caracterizan nuestra época. Con estas complejas inflexiones aparece en “El enigma de ser mujer en Québec”. O en “Un 16 de guerra” poema que, al convocar la imagen de Federico García Lorca -“Todo se ha roto en el mundo./ No queda más que el silencio”-, denuncia el horror cotidiano de Bagdad, tomando partido contra una guerra que nunca ha terminado. Pudiera decirse que el sujeto se va conformando en la emergencia del concepto de sí mismo, fenomenológico y social, inmerso en la praxis social desde su ser y hacer poéticos.

Centrado en la historia personal, *Estrella de aguas* centra su cuarta y última parte, “Otrora”, en la poetización de la memoria de los orígenes. El poema que cierra el libro, de mirada retrospectiva nada complaciente, es “Río Rímac”, río de pus, devenido basural inmenso que, en el presente del poema como “instante eterno”, está borrando la limeña “fina estampa”. En esta parte, junto a la imagen de la niña y el nacimiento, resplandece “La tierna abuelita Flora”, mujer-fuente, tierra y raíces, hilo de amor, “rebelde entre las malas hierbas”, paradigma femenino que constituye un espejo hermoso, ajeno a cualquier tipo de visión estereotipada ontologizante, donde quisiéramos reflejarnos en la creación identitaria:

Dime si
en quechúa
hay la melodía
para silbar
el placer de existir.

Cuéntame
si de tu cajoncito
de costurera
prendiste el hilo del amor
a mi corpiño blanco.

Rézame
tus plegarias

de madre
sola de hombres
con siete hijos
a tus polleras.

Mírame
desde tus ojitos
chipspeantes
de azucena en flor.

Llámame
cuando sea la hora
de enhebrar
la aguja de tus pasiones.

Abuelita Flora
joven india engañada
mujer de Omate
en dos movimientos en la máquina de coser
zigzagueante desde Lima
al Cuzco
y en un mínimo descuido
el camión te troncha
el cuello
cuando unías el infierno al Edén.

Llévame a
tu huerto de limones y peras
hblame tu lengua nativa
bñame con el agua fresca
de tu regazo,
quíereme
como te quiero
rebelde entre las malas hierbas.

. De estructura eficaz y meditada, de la misma forma relacional y complementaria en que dialogan la segunda y tercera partes del libro, se corresponden la primera y cuarta, abertura y conclusión de un poemario orgánico, de sencillez conceptuosa, trabajado en filigrana cada poema, tejido el conjunto con una esencial coherencia que hace posible diversas trayectorias interpretativas y de composición. Percepción, memoria e

imaginación se entretienen en *Estrella de agua* que, como libro en su totalidad significativa, recorre el camino temporal de una vida en pleno curso, entremezclando tiempos, con frecuencia remotándolos, del presente al pasado, de la vida actual al proceso formativo, infancia y primera juventud en el país de origen, especie de *viaje a la semilla* que rescata y redimensiona los más vitales signos de una identidad histórica.

De Perú a Canadá, Montréal protagónicamente, entre varias lenguas y culturas, el sujeto discursivo vive su constitución, se define y reestructura, en construcciones identitarias fluidas y dinámicas. La *estrella* no se deja aprisionar en formas cerradas y conclusas, acaso el poema que da nombre al libro uno de los más originales como autorretrato con distancia de sí, consustanciada la figura humana con la naturaleza impasible y eterna, de inagotable ambigüedad en la proliferación de sus sentidos:

La mujer no velará el sueño del maestro.
Para qué aprender a calcular las estrellas,
el tamaño de su espacio, el tiempo de su resplandor?
Un día la mujer entra al río y se moja
hasta acariciar con las olas
sus algas pequeñas.
El agua la envuelve en su cadera,
la empuja al abismo de su cauce.
Ahí toca el borde de una herida.
La mujer para su ondulación
sola contempla los chasquidos del río...
a la hora blanca, la mujer riega
con su seno
la ribera.
El río lame las sombras
y la estrella
puro espejo
duerme
todavía.

Y en ese río heraclitano de los cambios que nos constituyen, río de pus, río de vida, río que nos de hace, pero también forma nuestra imagen, río de los orígenes, vuelto hacia sí

mismo y que fluye hacia cualquier parte, la imagen hermosa y fulgurante de una mujer promisoría y rebelde, mujer-estrella que, al proyectarse a lo desconocido, sueña, recuerda, ama y crea. A compartir esa experiencia, y a mucho más que no es posible formular en palabras, nos convida el canto de este libro que, entre el dolor y el júbilo, celebra la obra creadora de la poesía.

Aimée G. Bolaños
Montreal, febrero de 2006